

tratando podrían salvar las antiguas instituciones de Venecia con ciertas modificaciones; conservar el poder, que siempre está seguro para los hombres acostumbrados á él; salvar sus tierras, las pensiones de la segunda nobleza y evitar en la ciudad los horrores del saqueo y del pillaje. En su consecuencia, aquellos hombres, que no estaban dotados de la energía de sus antecesores ni de las pasiones de la mayoría de la nobleza, pensaron en tratar. Los principales individuos del gobierno se reunieron en casa del dux: eran los seis consejeros de éste, los tres presidentes del tribunal criminal, los seis grandes sabios, los cinco de tierra firme, los cinco de las órdenes, los once del consejo, los tres jefes del consejo de los Diez y los tres abogados. Esta asamblea extraordinaria, opuesta á las costumbres, tenía por objeto procurar la salvación de Venecia, donde reinaba el espanto.

El dux, anciano debilitado por la edad, tenía los ojos arrasados en lágrimas, y dijo que no se estaba seguro aquella noche de dormir tranquilamente en el lecho. Cada cual hizo proposiciones distintas: un individuo propuso valerse del banquero Hálller para ganar á Bonaparte, pero esto pareció ridículo é inútil. El embajador Quirini tenía además orden de hacer en París todo cuanto pudiese, y hasta comprar votos en el Directorio si era posible. Otros propusieron defenderse, lo cual pareció una imprudencia, propia tan sólo de jóvenes aturdidos. Por último, fijáronse en la idea de proponer al gran consejo una modificación en la constitución á fin de apaciguar á Bonaparte por este medio. Reunióse, en efecto, este gran consejo, compuesto comunmente de toda la nobleza y que representaba á la nación veneciana; asistieron á él seiscientos diez y nueve individuos, ó sea un poco más de la mitad, é hizo la proposición en medio de un lúgubre silencio. Ya se había discutido sobre este punto á consecuencia de una comunicación del ministro Lallemand al senado, decidiéndose entonces aplazar las modificaciones para otro tiempo; pero esta vez se comprendía que no era ya posible apelar á las dilaciones. La proposición del dux fué adoptada por quinientos noventa y ocho votos, previniéndose en ella que el senado enviaría dos comisionados, autorizándoles para negociar con el general Bonaparte y tratar hasta sobre puntos que eran de la competencia de gran consejo, es decir, de las cuestiones constitucionales, salvo rectificación.

Los dos comisionados partieron en el acto, y hallaron á Bonaparte en la orilla de las lagunas, en el puente de Marghera: preparaba sus tropas, y los artilleros franceses se tiroteaban ya con las cañoneras venecianas. Los dos comisionados le entregaron el acta del gran consejo. Durante un momento pareció asombrado de aquella determinación, pero después les preguntó con tono brusco: «¿Están ya presos los tres inquisidores de Estado y el comandante de Lido? Necesito sus cabezas. No hay tratado hasta que la sangre francesa quede vengada. Vuestras lagunas no me atemorizan; las encuentro tales como había previsto, y dentro de quince días estaré en Venecia. Vuestros nobles no escaparán de la muerte sino yendo, como los emigrados franceses, á recorrer miserablemente toda la tierra.» Los dos comisionados hicieron todos los esfuerzos posibles para obtener un plazo de algunos días, á fin de acordar las

satisfacciones que deseaba; pero no quiso conceder sino veinticuatro horas, si bien consintió en una suspensión de armas de seis días para dar á los comisarios venecianos tiempo de presentarse en Mantua con la adhesión del gran consejo á todas las condiciones impuestas.

Satisfecho Bonaparte de haber atemorizado á los venecianos, no quería principiar formalmente los hostilidades, pues apreciaba la dificultad de tomar las lagunas y preveía una intervención del Austria. Un artículo de los preliminares expresaba que todo cuanto fuese relativo á Venecia se arreglaría de acuerdo con Francia y Austria; si entraba á viva fuerza, quejaríanse en Viena de la violación de los preliminares; y de todos modos conveníale más inducir á los venecianos á someterse. Satisfecho con haberlos intimidado, partió para Mantua y Milán, no dudando que irían muy pronto á ofrecer su completa sumisión.

La asamblea de todos los individuos del gobierno que se había formado ya en casa del dux, se reunió de nuevo para oír el informe de los comisionados. No había más medio de resistir á las exigencias del general; era preciso avenirse á todo, porque el peligro se hacía cada día más inminente. Decíase que la clase media conspiraba y quería asesinar á la nobleza, y que los esclavones pensaban aprovecharse de la ocasión para saquear la ciudad. Convínose en hacer al gran consejo una nueva proposición, que tendía á conceder todo cuanto había pedido Bonaparte.

El 15 floreal (4 de mayo) se reunió de nuevo el gran consejo, y por la mayoría de setecientos cuatro votos contra diez resolvió que se autorizase á los comisionados para tratar de todas las condiciones con el general Bonaparte, procediéndose desde luego contra los tres inquisidores de Estado y el comandante de Lido.

Provisos los comisionados de estos nuevos poderes, siguieron á Bonaparte á Milán, para ir á poner á sus pies la orgullosa constitución veneciana; mas no bastaban seis días, y la tregua debía concluir antes que hubiesen podido entenderse con el general. Entretanto aumentaba el terror en Venecia, y hubo un momento en que el pánico fué tal, que se autorizó al comandante de las lagunas para capitular con los generales franceses encargados del mando en ausencia de Bonaparte. Sólo se le recomendó la independencia de la república, la religión, la seguridad de las personas, de los embajadores extranjeros, de las propiedades públicas y particulares, de la casa de la moneda, del banco, del arsenal y de los archivos. Sin embargo, obtuvo de los generales franceses una prórroga de la tregua, para dar á los enviados venecianos tiempo de negociar con Bonaparte.

El arresto de los tres inquisidores de Estado había desorganizado la policía de Venecia: las personas influyentes de la clase media se agitaban ya, manifestando abiertamente la intención de obrar con objeto de apresurar la caída de la aristocracia. Rodeaban al encargado de negocios de Francia, Villetard, que había quedado en Venecia, después de la marcha del ministro Lallemand, y que era un ardiente patriota, esperando encontrar en él un apoyo para realizar sus propósitos. Los esclavones se habían indisciplinado al mismo tiempo y temíanse de ellos los más horribles excesos. Ya habían tenido algunos choques con el pueblo de Venecia, y

hasta la clase media parecía excitar estos encuentros, que producían la división en las fuerzas del partido aristocrático. El 20 floreal (9 de mayo) el terror llegó á su colmo: dos individuos muy influyentes del partido revolucionario, los llamados Spada y Zorzi, se pusieron en comunicación con algunos de los personajes que formaban la asamblea extraordinaria reunida en casa del dux, é insinuaron que era preciso dirigirse al encargado de negocios de Francia y entenderse con él para preservar á Venecia de los peligros que la amenazaban. Donat y Bataglia, dos patricios á quienes ya hemos visto figurar, se dirigieron á Villetard el 9 de mayo, y preguntáronle cuáles serían, en aquel peligro, los medios más propios para salvar á Venecia. El encargado contestó que no estaba autorizado de ningún modo para tratar en nombre del general en jefe; pero que si le pedían su parecer personal, aconsejaba las medidas siguientes: el embarque y expulsión de los esclavones; la organización de una guardia ciudadana; la libre entrada de cuatro mil franceses en Venecia para que ocuparan todos los puntos fortificados; la abolición del antiguo gobierno, substituyéndole con una municipalidad de treinta y seis individuos elegidos en todas las clases y con el dux por corregidor, y la libertad de todos los prisioneros por causa de opiniones. Villetard añadió que á este precio concedería sin duda gracia el general Bonaparte á los tres inquisidores de Estado y al comandante de Lido.

Estas proposiciones fueron presentadas al consejo reunido en casa del dux: eran muy graves, puesto que llevaban consigo una completa revolución en Venecia; pero los jefes del gobierno tenían una revolución ensangrentada por los proyectos del partido reformista, por los furores del pueblo y por la codicia de los esclavones. Dos de ellos opusieron una viva resistencia: Pezaro dijo que debían retirarse á Suiza antes de consumir por sí mismos la ruina del antiguo gobierno veneciano; pero vencieron las resistencias, y se acordó presentar aquellas proposiciones al gran consejo, fijándose la convocación para el 23 floreal (12 mayo). Entretanto se satisfizo á los esclavones la paga atrasada, y embarcóseles para enviarlos á Dalmacia; pero el viento contrario los detuvo en el puerto, y su presencia en las aguas de Venecia fué causa de que continuara el sobresalto y el temor.

El 23 floreal (12 mayo) reunióse el gran consejo con mucho aparato para votar la abolición de aquella antigua aristocracia. Habíase reunido un pueblo inmenso: por una parte veíase á la clase media muy gozosa, por haber derrocado al fin el poderío de sus señores; y por otra parte al pueblo, excitado por la nobleza y dispuesto á precipitarse sobre aquellos á quienes consideraba como instigadores de semejante revolución. El dux tomó la palabra vertiendo lágrimas, y propuso al gran consejo abdicar su soberanía: mientras se iba á deliberar oyéronse algunas detonaciones, y creyéndose la nobleza amenazada de una matanza gritó por todas partes: «¡A votar, á votar!» Resultaron quinientos doce votos por la abolición del antiguo gobierno, y según los estatutos eran necesarios seiscientos: hubo doce contrarios y cinco nulos. El gran consejo devolvió toda su soberanía á la nación veneciana, votó la institución de una municipalidad y el establecimiento de un gobierno provisional, compuesto de representantes de todos los Estados ve-

neccianos; consolidó la deuda pública, así como las pensiones concedidas á los nobles pobres, y decretó la entrada de las tropas francesas en Venecia. Apenas adoptado este acuerdo, izóse un pabellón en una ventana del palacio: al verle la clase media estalló en su alegría; pero furioso el pueblo, y recorriendo las calles de Venecia con la imagen de San Marcos, atacó las casas de los habitantes á quienes se acusaba de haber arrancado esta determinación á la nobleza veneciana. Las casas de Spada y de Zorzi fueron saqueadas, é desorden llegó á su colmo y temióse un horrible cataclismo; pero reuniéronse algunos habitantes interesados en la tranquilidad pública, y poniendo á su cabeza á un anciano general maltés llamado Salembeni, largo tiempo perseguido por la inquisición de Estado, y cayendo sobre los perturbadores, empeñaron un combate en el puente de Rialto, dispersándolos, y se restableció la tranquilidad.

Embarcáronse por fin los esclavones y se ausentaron, después de haber cometido mil excesos en los pueblos de Lido y Malamocco. El nuevo ayuntamiento fué creado, y el 27 floreal (16 mayo) la escuadrilla salió en busca de una división de cuatro mil franceses, que se establecieron pacíficamente en Venecia.

Mientras ocurrían tales acontecimientos en la ciudad, Bonaparte firmaba en Milán aquel mismo día un tratado con los plenipotenciarios venecianos, conforme en un todo con la revolución que acababa de efectuarse. Sus pactos eran la abdicación de la aristocracia, la institución de un gobierno interino, la introducción de una división francesa con el carácter de protectora y el castigo de los tres inquisidores de Estado y del comandante de Lido. Había además artículos secretos para cambios de territorio, para una contribución de tres millones en dinero y otros tantos en municiones navales y para la cesión á Francia de tres navíos de línea y dos fragatas. El gobierno de Venecia debía ratificar este tratado, lo cual era imposible, porque ya se había efectuado la abdicación, y al mismo tiempo inútil por haberse llevado á efecto todos los artículos del tratado; sin embargo, no por esto creyó el ayuntamiento interino deber dejar de firmarlo.

Bonaparte consiguió así sus deseos sin comprometerse con Austria y sin exponerse á los terribles contratiempos de un sitio. Había derribado á la neña aristocracia que le vendió, colocando á Venecia en la misma situación que Lombardía, Módena, Bolonia y Ferrara; y ahora podía sin ningún obstáculo hacer cuantos arreglos de territorio le pareciesen convenientes. Cediendo al emperador toda la tierra firme que media desde el Isonzo al Oglio, tenía medios para indemnizar á Venecia, dándole Bolonia, Ferrara y la Romanía, que á la sazón constituían parte de la Cispadana; y el ceder estas provincias á Venecia reformada, no era imponerlas nuevo yugo. Quedaban aún el ducado de Módena y la Lombardía, con los cuales era fácil formar otra república aliada de la primera, pudiendo hacer aún otra cosa mejor, cual era, en el caso de lograr que cesasen las rivalidades locales, reunir todas las provincias rescatadas por las armas francesas, y formar con Lombardía, Módena, Bolonia, Ferrara, Romanía, Polesina, Venecia y las islas de Grecia una poderosa república que dominase á la vez el continente y los mares de Italia. Con aque-

los artículos secretos relativos á los tres millones en artículos navales y á los tres navíos y tres fragatas, había un medio seguro para tener afianzada la marina veneciana.

El inmenso genio de Bonaparte, cuya previsión abarcaba de una vez todas las cosas, no quería que nos sucediese con los venecianos lo que con los holandeses; es decir, que descontentos de la revolución los oficiales de marina ó los comandantes de las islas, entregasen á los ingleses los navíos é islas que tenían bajo su mando. Principalmente atendía á las importantes islas venecianas de Grecia: Cortú, Zante, Cefalonia, San Mauro y Cerigo, dando orden inmediatamente para ocuparlas. Escribió á Tolón para que le enviasen por tierra cierto número de marineros, prometiendo pagarles los gastos y equiparles á su llegada á Venecia, solicitando órdenes del Directorio para que el almirante Brueys se presentase inmediatamente con seis navíos, con el objeto de incorporarse á toda la marina veneciana, y fuese á apoderarse de las islas de Grecia. Despachó por sí dos millones á Tolón para que no se retardase el ordenador de la marina por falta de fondos, y aun en esto infringió los reglamentos de la tesorería para no causar más demoras; sin embargo, temiendo que Brueys llegase demasiado tarde, reunió la escuadrilla que tenía en el Adriático á los navíos que halló en Venecia, mezcló las tripulaciones venecianas con las francesas, embarcó dos mil hombres de tropa, y les mandó partir inmediatamente á apoderarse de las islas. Con esto aseguraba la posesión de los puntos más importantes en el Levante y el Adriático, y se situaba en una posición que, llegando á ser cada día más importante, debía influir de un modo notable en las negociaciones definitivas con Austria.

La revolución iba haciendo nuevos progresos desde que se había fijado la suerte de Italia con los preliminares de Leoben, asegurándose la influencia francesa. Ya no podía dudarse de que la mayor parte de la Alta Italia quedaría constituida en república democrática; ejemplo muy seductor que agitaba el Piamonte, el ducado de Parma, la Toscana y los Estados Pontificios. El general francés no excitaba á nadie, pero se manifestaba dispuesto á recibir á cuantos le demandasen auxilio.

En Génova estaban muy irritados los ánimos contra la aristocracia, menos absurda y debilitada que la de Venecia, pero más obstinada aún si era posible. Francia, como hemos visto, había tratado con ella para asegurarse la retaguardia, limitándose á exigir dos millones por indemnización, otros dos en calidad de préstamo, y el regreso de las familias desterradas por su afecto á Francia; pero el partido patriota no se contuvo ya cuando Bonaparte hubo impuesto la paz al Austria. Reunióse en casa de un tal Morandi, donde había formado un club en extremo violento, que redactó y presentó una proposición al dux, solicitando modificacio-

nes en la Constitución. El dux nombró una comisión para examinarla, y entretanto hubo trastorno. Los ciudadanos de Génova y los jóvenes fogosos se convinieron entre sí, manteniéndose dispuestos á tomar las armas. Los nobles, por su parte, ayudados por el clero, excitaron al pueblo bajo, armando á los carboneros y mozos de cordel. El ministro de Francia, hombre afable y moderado, contenía más bien que excitaba al partido patriota; pero el 22 de mayo, cuando fueron conocidos los acontecimientos de Venecia, los *morandistas*, según se les llamaba, presentáronse armados y quisieron apoderarse de los puntos principales de la ciudad. Empeñóse un combate de los más encarnizados; pero los patriotas, teniendo que luchar contra todo el pueblo, fueron batidos y sufrieron crueles violencias; mientras que victorioso aquél, cometió gran número de excesos, sin tener consideración con las familias francesas, muchas de las cuales fueron maltratadas. El mismo ministro de Francia no se libró sino porque el dux tuvo cuidado de enviarle una guardia.

Apenas supo Bonaparte estos acontecimientos, comprendió que no debía demorar su intervención, y envió al punto á su ayudante de campo Lavalette para reclamar los franceses detenidos, pedir reparaciones en su favor y exigir sobre todo la prisión de los tres inquisidores de Estado, á quienes se acusaba de haber puesto las armas en manos del pueblo. El partido patriota, sostenido por esta poderosa influencia, se rehizo al momento, recobró la superioridad y obligó á la aristocracia genovesa á presentar su abdicación, como lo había hecho la veneciana. Instalóse un gobierno provisional, y se envió una comisión á Bonaparte para entenderse con él acerca de la constitución que convenía dar á la república de Génova.

De este modo, después de haber sometido al papa en dos meses, cruzado los Alpes Julianos, impuesto la paz al Austria, repasado los Alpes y castigado á Venecia, Bonaparte estaba en Milán, ejerciendo una autoridad suprema en toda Italia, esperando, sin apresurarla, la marcha de la revolución, haciendo funcionar la constitución de las provincias libres, organizándose una marina en el Adriático, y creando una posición cada vez más imponente para el Austria. Los preliminares de Leoben habían sido aprobados en París y Viena, haciéndose el cambio de ratificaciones entre Bonaparte y Mr. de Gallo, y esperábase impacientemente el principio de las conferencias para la paz definitiva. Bonaparte en Milán, simple general de la república, era más influyente que todos los potentados de Europa; los correos iban y venían sin cesar, anunciando que allí se resolvían los destinos del mundo. Los italianos entusiastas esperaban horas enteras para ver al general salir del palacio de Serbelloni. Jóvenes y hermosas damas rodeaban á la señora de Bonaparte, formando una brillante corte; y ya comenzaba aquella extraordinaria existencia que deslumbró y dominó al mundo.

## CAPÍTULO IX

Situación apurada de Inglaterra después de los preliminares de paz con Austria. — Nuevas proposiciones de paz. — Conferencias de Lila. — Elecciones del año v. — Progresos de la reacción contrarrevolucionaria. — Lucha de los Consejos con el Directorio. — Elección de Barthelemy para director en reemplazo de Letourneur, director cesante. — Nuevos pormenores sobre la hacienda del año v. — Modificaciones en su administración propuestas por la opinión. — Vuelta de los clérigos y emigrados. — Intrigas y complot de la facción realista. — División y fuerzas de los partidos. — Disposiciones políticas de los ejércitos.

La conducta de Bonaparte respecto á Venecia era atrevida, pero encerrábase, no obstante, en el límite de las leyes. Había motivado el manifiesto de Palma Nova en la necesidad de rechazar las hostilidades comenzadas; y antes que éstas se convirtieran en una guerra declarada, concluyó un tratado que dispensaba al Directorio de someter la declaración de guerra á los dos Consejos. He aquí cómo la república de Venecia había sido atacada, aniquilada y suprimida en Europa, sin que el general hubiese consultado casi al Directorio ni éste á los Consejos, restando sólo notificar el tratado. Igual revolución se efectuó en Génova, sin que al parecer se consultase al gobierno; y todos estos hechos, atribuidos al general Bonaparte en mayor extensión de lo que realmente se debía, daban una idea extraordinaria de su poderío en Italia y del que se arrogaba. El Directorio juzgaba, en efecto, que el general Bonaparte había resuelto muchas cuestiones; pero no podía acusarle de haberse extralimitado materialmente en sus poderes; érale preciso reconocer la utilidad y conveniencia de todas sus operaciones, y no habría osado desaprobár á un general victorioso, que tan gran autoridad ejercía en los ánimos. El embajador de Venecia en París, Mr. Quirini, se había valido de todos los medios posibles con el Directorio para ganar votos en favor de su patria, sirviéndose de un dálmata, hábil intrigante, quien se relacionó con Barras á fin de ganar á este director. Parece que se dió una suma de seiscientos mil francos en billetes, con la condición de defender á Venecia en el Directorio; pero instruido Bonaparte de la intriga, la denunció; Venecia no fué salvada, y rehusóse el pago de los billetes. Estos hechos, conocidos del Directorio, promovieron explicaciones y hasta un principio de sumaria; mas al fin se pasó por alto todo; aprobóse la conducta de Bonaparte en Italia, y los primeros días que siguieron á la noticia de los preliminares de Leoben se consagraron á grandes regocijos. Los enemigos de la revolución y del Directorio, que tanto habían invocado la paz, para tener un pretexto de acusar al gobierno, sintieron mucho en el fondo ver que se firmaban los preliminares. Los republicanos no cabían en sí de gozo: sin duda hubieran querido la completa libertad de Italia; pero contentábase que el emperador hubiese reconocido la república (consagrándola en cierto modo). La gran masa de la población se regocijaba al ver terminados los horrores de la guerra, espe-

rando que disminuyesen las cargas públicas. La sesión en que los Consejos recibieron la notificación de los preliminares fué una escena de entusiasmo, y declaróse que los ejércitos de Italia, del Rhin y del Sambre y Mosa habían merecido bien de la patria y de la humanidad, conquistando la paz con sus victorias. Todos los partidos prodigaron al general Bonaparte las expresiones del más vivo entusiasmo, y se propuso darle el sobrenombre de *Idílico*, como en Roma se dió á Escipión el de *Africano*.

Con Austria quedaba sometido el continente; sólo restaba combatir á Inglaterra, que reducida á sí misma, estaba expuesta á verdaderos peligros. Hoche, detenido en Francfort en el momento de alcanzar sus más hermosos triunfos, mostrábase impaciente por adquirir nuevas glorias; siempre pensando en Irlanda, no había renunciado á su proyecto del año anterior. Tenía á su disposición cerca de ochenta mil hombres entre el Rhin y el Nidda, había dejado unos cuarenta mil en los alrededores de Brest, y la escuadra armada en este puerto hallábase aún dispuesta á hacerse á la vela. Una flota española, reunida en Cádiz, esperaba sólo un golpe de viento que obligara al almirante inglés Jewis á alejarse, para salir de la rada y dirigirse á la Mancha á combinar sus esfuerzos con los de la marina francesa. Los holandeses habían conseguido al fin reunir también una flota, reorganizando una parte de su armada; de modo que Hoche podía disponer de grandes medios para sublevar á la Irlanda. Proponíase destacar veinte mil hombres del ejército del Sambre y Mosa y encaminarlos hacia Brest á fin de embarcarlos de nuevo, habiendo elegido sus mejores tropas para esta gran operación, objeto de todos sus pensamientos. También se dirigió á Holanda bajo el más riguroso incógnito, propalando el rumor de que había ido á pasar algunos días con su familia. Una vez allí, vigiló por sí mismo todos los preparativos: diez y siete mil holandeses de excelentes tropas fueron embarcados en una escuadra, y sólo esperaban una señal para ir á reunirse con la expedición preparada en Brest. Si á estos medios se agregaban los de los españoles, Inglaterra estaba amenazada, según vemos, por incalculables peligros.

Pitt estaba poseído del mayor espanto: la defección de Austria, los preparativos hechos en Texel y en Brest y la escuadra reunida en Cádiz, que podía desaparecer por un golpe de viento, eran todas circunstancias alar-